

## LA CULTURA EN LA OPOSICIÓN. LA CULTURA EN LA TRANSICIÓN

Elías DÍAZ

Hablamos aquí de España en esta segunda mitad del siglo XX: más en concreto, de algunos caracteres definitorios sobre cultura y política en esos difíciles tiempos que van desde la superación del régimen totalitario a la construcción de la actual democracia. Lo fundamental que habría que resaltar es que tienen mucho que ver entre sí la cultura en la oposición (a la dictadura) y la cultura en la transición (a la democracia). La primera estuvo más unida frente al enemigo común; en la segunda —sin descuidar lo anterior— se acentúa la autocrítica y la pluralidad. Y lo mejor de una y otra de esas culturas —la de la oposición y la de la transición—, profundamente vinculadas entre sí, se reencuentran y se recuperan, a pesar de todos los desencuentros institucionales, en las diversas potencialidades, incluidas por supuesto las muy críticas y autocríticas, de la democracia en este ya final de siglo.

Creo que no se puede en modo alguno entender lo ocurrido en nuestro país desde 1975, desde la muerte de Franco, si no se conoce lo que tanto en el campo de la política y la cultura como en el de las luchas sociales y los cambios económicos, había ido teniendo lugar como avances y conquistas por la libertad y por la democracia a lo largo de esos casi cuarenta años frente al régimen dictatorial impuesto como resultado de la guerra civil de 1936-1939. En mi libro, *Pensamiento español en la era de Franco*, he tratado precisamente de destacar las principales aportaciones que para estos fundamentales

objetivos cívicos fueron poco a poco, penosamente y con grandes esfuerzos, lográndose desde 1939 hasta 1975 a través también del trabajo intelectual, a través de la influencia, limitada pero eficaz, del pensamiento, la filosofía y las ciencias sociales, o de los mismos movimientos estudiantiles universitarios, en una interrelación en definitiva siempre ineliminable y constante entre cultura y política o, si se prefiere (desde otras perspectivas), entre ideología y sociedad.<sup>1</sup>

Esas aportaciones del pasado y, sobre todo, aquellas luchas sociales y sindicales, también —unidas al desarrollo económico— las crecientes demandas de modernización de amplios sectores de las nuevas clases medias, de profesionales y de técnicos, fueron los factores de base que, por supuesto, junto con la decisiva colaboración de la institución monárquica, hicieron después posible el cambio, la “ruptura-pactada”, la vía de consenso y de reforma para la democracia que traería consigo las primeras elecciones libres en 1977 y, enseguida, la Constitución de 1978. Lo que estoy en consecuencia señalando es que hubo, a mi parecer, una fuerte línea de continuidad y de relación causa-efecto entre la oposición a la dictadura, antes de 1975, y el cambio a la democracia que va efectivamente lográndose después de esa fecha; y que, por lo tanto, sin conocer aquella no es posible entender ésta. No hubo, pues, ningún sorprendente “milagro”, aunque tampoco ninguna absoluta y determinista necesidad histórica; y desde luego que a todo ese proceso de transición coadyuvaron asimismo —además de los decisivos factores mencionados— otras plurales fuerzas e instancias de carácter nacional e internacional como, por ejemplo, la evolución de la Iglesia católica o la favorable actitud de las potencias occidentales, sin cuya anuencia probablemente todo hubiera sido no imposible pero sí más difícil, traumático y complicado de conseguir.

En el campo de la cultura, la transición empezó mucho antes de 1975-1976. Hubo desde el principio entre los vencidos, desde el final mismo de la guerra civil, una cultura de resistencia duramente perseguida y reprimida pero que, con grandes esfuerzos y sacrificios, seguía operando en la clandestinidad. Sería ya después, en los años cin-

<sup>1</sup> Díaz, Elías, *Pensamiento español en la era de Franco (1939-1975)*, Madrid, Tecnos, 1992, la primera edición, con título algo diferente, se publicó en Cuadernos para el Diálogo, 1974.

cuenta, cuando —aunque casi siempre de manera simulada y moderada— una cultura democrática pueda de nuevo comenzar a manifestarse y a actuar, ilegalmente, con alguna mayor presencia pública y social; son ya también, en no pocos casos, hijos de los vencedores que no quieren tener nada que ver con la dictadura siniestra y falaz: el símbolo podría ser 1956, con un difusa extensión y preparación que iría más allá de las manifestaciones y protestas de febrero de aquel año en la Universidad de Madrid.<sup>2</sup> Y antes, no lo olvidemos, habían sido ya las huelgas obreras de 1951.

Eso es lo que creo que hay que destacar, lo que no sería justo desconocer (los más jóvenes) y olvidar, por muy diferentes razones o sinrazones, quienes lo vivieron o, al menos, quienes oyeron o debieron oír hablar: la existencia bajo el franquismo de una cultura de resistencia y de oposición que (al principio, con muy graves dificultades de persecución y de constante humillación, pero siempre hasta el final en la ilegalidad) contribuyó muy decisivamente a la reconstrucción de la democracia en nuestro país. Esto, guste o no guste, fue así. Hubo intelectuales, en el sentido amplio de la palabra, hombres del mundo de la cultura, de la ciencia, del arte o la literatura que se enfrentaron con decisión y valor cívico al poder (al poder del dictador y sus acólitos) exigiendo su democrática devolución al pueblo, a la soberanía popular.

Hay, así, con todas las matizaciones y reducciones que se quieran, una generación universitaria e intelectual del 56, la primera en el interior que expresa un muy claro y rotundo despegue político y cultural respecto del régimen totalitario del general. Situándose justamente dentro de ella, escribe desde esa perspectiva, y en mi opinión con plena razón, Raúl Morodo: “Nuestra generación, que nace y se desarrolla en el franquismo es, así, una generación que prepara la transición política que comienza en 1975”.<sup>3</sup>

Sin conocer y sin comprender todo el trabajo, intelectual y político, además de sindical y de lucha obrera, llevado a cabo en difíciles condiciones durante todos esos largos años de franquismo para re-

<sup>2</sup> Cf. sobre ello los documentos editados por Roberto Mesa (autor también de un interesante prólogo) en la obra *Jaraneros y alborotadores*, Madrid, Universidad Complutense, 1982.

<sup>3</sup> Morodo, Raúl, *Por una sociedad democrática y progresista*, Madrid, Turner, 1982, p. 13.

construir una cultura y una praxis democráticas, difícilmente podrá entenderse el paso, en tan breve espacio de tiempo, de la dictadura a la democracia una vez acaecido, el 20 de noviembre de 1975, el tan decisivo y esperado “hecho biológico”. Quien desconozca u olvide esa historia de la resistencia democrática y de lucha por la libertad —en algunos heroica, en otros, los más, de simple pero necesaria supervivencia ética y hasta racional— no podrá entender sino como “milagro” lo acaecido en nuestro país en estos últimos años. O, casi peor, “*more* funcionalista”, tenderá explicarlo —secularizando el “milagro”— como producido de modo exclusivo, natural, espontáneo (e incluso, voluntariamente buscado), por el economicismo tecnocrático y franquista que detenta todo el poder a lo largo de los años sesenta y ya hasta el mismo final.<sup>4</sup>

Asumiendo esta memoria histórica, yo sólo pretendo resaltar aquí algunos de los componentes concretos de esa que puede denominarse “cultura democrática de la oposición”, base imprescindible —como estoy señalando— para la posterior y correlativa cultura de la transición: especificar, pues, algunos de los principales logros, de las conquistas arrancadas a la dictadura, que ni desde el punto de vista político ni científico sería justo olvidar o infravalorar. Y ello, tanto para su reconocimiento fundamental, a pesar de todo, en la actual democracia como para el necesario enjuiciamiento crítico de las legítimas transformaciones y de las ilegítimas distorsiones de ella.

En estas páginas sólo me ocuparé, de manera resumida, de algunos rasgos específicos de esa doble histórica situación, resaltando, pues, las principales aportaciones intelectuales, siempre sobre esas bases sociales, en la cultura democrática de la oposición que lo serán de la posterior transición.

1. Entre esas aportaciones, en primer lugar habría precisamente que anotar y resaltar la lucha por la *recuperación de la libertad*, de las libertades negadas por la dictadura. Los vencidos (perseguidos, encarcelados), que tuvieron que permanecer en España, nunca renunciaron a hacer de aquella nuevamente una realidad. Y el trabajo intelectual casi desde el principio, aunque de manera minoritaria y más

4 De la crítica a esas y otras ideologías de la transición me ocupé en buena parte de los artículos que componen mi libro *La transición a la democracia. Claves ideológicas (1976-1986)*, Madrid, Eudema, 1987; también después, de manera más sistemática, en *Ética contra política. Los intelectuales y el poder*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1990.

o menos moderada o simulada, contribuyó asimismo con aportaciones muy positivas a esa tarea: para ello —recuérdese— había que asumir riesgos, muy grandes en la inmediata posguerra, y “tomarse la libertad” que desde arriba no se concedía ni se permitía. ¿Era posible, en esas condiciones, la creación intelectual? Es cierto que la libertad de pensamiento constituye el requisito básico general, el elemento fundamental y el medio más adecuado y favorable para dicho trabajo, para la creación científica y cultural o artística, para una filosofía no exclusivamente académica o erudita sino entendida como conciencia crítica de la sociedad. Sin una imprescindible “zona mínima” de libertad nada es posible, en efecto, en el mundo de la cultura (ni tampoco en otros mundos); se podrá pensar, desde luego, aun sin libertad, e incluso se verá afectado, pero faltará o será muy débil en todo caso la necesaria comunicación pública o, al menos, interpersonal.

Sin embargo, y a pesar de ello, cabe decir que la actividad intelectual no es sólo, ni siempre, resultado mecánico de una previa libertad política concretada aquí como libertad de expresión. Una y otra —aunque no sea esto, claro está, lo deseable— pueden darse disociadas. La libertad ha sido siempre en la historia una conquista y puede también accederse a ella a través del esfuerzo intelectual, abriéndose tal camino, ganando espacios de libertad por medio de la inteligencia, la razón, el convencimiento, la reflexión, la crítica y, en la medida de lo posible, el diálogo. En los regímenes sin libertad, frente a la dogmática cultural oficial, resulta a la postre imposible de parar el surgimiento de culturas de resistencia, de contestación o de oposición impulsadas precisamente por la rebeldía o el inconformismo ante tal fundamental carencia. En esas perspectivas, pues, la libertad aparece más bien como un resultado y no tanto como un absoluto presupuesto previo de ese trabajo intelectual.

En España, a lo largo de todos estos años —en mucho menor medida, claro está, al principio— se dieron importantes, aunque siempre limitados, ejemplos de escritores, poetas, filósofos, novelistas, científicos (sus nombres están en el libro mío ya citado aquí en la nota primera) que, como “intelectuales comprometidos” y en esas difíciles condiciones del régimen dictatorial, lucharon a su modo por la libertad, especialmente contra las ausencias más perentorias de ella en esos momentos: por la libertad de opinión y de expresión del pen-

samiento, por la libertad crítica contra la censura y las autocensuras, por el pluralismo ideológico y político y, en conclusión, por las libertades democráticas.

Sólo después de 1975 fue posible, no obstante, la legalización e institucionalización democrática de esa gradual recuperación de la libertad. Hoy, en la actual situación con hegemonía transnacional del neoliberalismo conservador, el debate teórico y práctico, ético y político se está replanteando en este ámbito fundamentalmente entre las dos ya clásicas dimensiones de la libertad positiva y la libertad negativa con, por lo general, excesiva y hasta exclusiva prevalencia de esta última. Frente a ello, intentando superar el individualismo anti-solidario, de lo que se trata, creo, es de impulsar las posibilidades reales para una positiva libertad que sea a su vez creadora de una mayor legítima igualdad. En última instancia, en esa línea se situarían también las progresivas demandas de alianza eficaz entre los objetivos y los modos de los movimientos libertarios, por un lado, y de los socialistas democráticos, por otro, nuevo pacto social que me parece el más necesario en una situación como la actual.<sup>5</sup>

2. Ha habido de modo paralelo a lo largo de todo este tiempo un esfuerzo y un trabajo orientado por diversas vías al propósito de lograr una verdadera *reconstrucción de la razón*. Lo que había dejado la guerra era degradación, destrucción, humillaciones sin fin, empobrecimiento cultural (y material). Ante ello, en los primeros momentos, esa razón se ejerce intentando abrirse camino, en un mundo hostil, frente a la intronización oficial de los más tradicionales recelos y los ancestrales prejuicios antintelectuales del catolicismo hispánico o contra irracionalismos más o menos místicos y vulgares, legitimadores vergonzantes de todas las injusticias y arbitrariedades, cuando no de inspiración directamente totalitaria y fascista: es decir, frente a todos los dogmatismos religiosos y políticos de la época, contra el odio a la inteligencia sin más. Pero tiempos después, aquella —la razón en reconstrucción— se articulará también de manera ya más compleja, como crítica a las “racionalizaciones” tecnocráticas, pretendidamente desideologizadas de los años sesenta, cuya influencia

5 Reenvío para ello a mi trabajo “Socialismo democrático: instituciones políticas y movimientos sociales” *Revista de Estudios Políticos*, 62 (1988), que, revisado, ha sido también incorporado a mi obra de 1990 citada en la nota anterior.

llega prácticamente hasta nuestros días con el imperio universal, del “pensamiento único”, de una razón funcional y “puramente” instrumental.<sup>6</sup>

Es una larga historia la de esa labor intelectual llevada a cabo por minorías activas cada vez más mayoritarias, entre 1939 y 1975 como cultura crítica, plural y de oposición frente a ese régimen dictatorial totalitario-ideológico, en sus primeras fases, autoritario-tecnocrático, en las finales, pero siempre y en todo momento profundamente antiliberal y antidemocrático. Cabría diferenciar en ella las siguientes etapas, en relación de antagonismo con dicha cultura oficial: una primera, de 1939 a 1945, que va del fin de la guerra civil al fin de la Guerra Mundial, desde la ruptura violenta de la vida intelectual española hasta el inicio del declive de la “cultura” imperial totalitaria. Una segunda fase (1945-1951), de aislamiento internacional del régimen franquista pero enseguida, antes incluso de la “guerra fría” con interesado reconocimiento de él, tiene lugar un débil comienzo de “recuperación” por un lado y de intento parcial de “integración” por otro, de algunas tendencias y figuras intelectuales liberales de la España anterior a la guerra.

Esa mínima, sucinta, apertura cultural cobra mucha mayor fuerza y extensión en los años (tercera etapa) que van desde 1951 hasta, aquí ya mencionado, 1956 con la política impulsada desde el ministerio Ruiz Giménez. Tras la reacción y el drástico frenazo por el dictador de esta tímida liberalización, se hará más fuerte y más coherente esa cultura de la oposición frente a las miserias de un régimen que, por su parte —en el nuevo contexto internacional—, intentaba ahora disfrazarse de democracia “orgánica” y, en seguida, de autoritarismo (que no totalitarismo) para el desarrollo. Este enfrentamiento va a ser central en una cuarta etapa del pensamiento español que cabe acotar entre 1956 y 1962 en la que —como se encargó de subrayar Tierno Galván— conservan siempre todo el poder político los representantes de esa extraña amalgama de integrista tradicional con tecnocratismo desarrollista opusdeísta que habían venido a sustituir

6 A ese contexto es al que aludo en mi último libro titulado precisamente *Los viejos maestros. La reconstrucción de la razón*, Madrid, Alianza Editorial, 1994.

como fuerza hegemónica dentro del régimen franquista a las huestes falangistas más proclives a la intoxicación ideológica absolutista.<sup>7</sup>

Sobre la base del crecimiento económico —no hay que negarlo, pero tampoco el muy alto y desigual coste social, su debilidad estructural, así como la intolerable falta de libertad (exceso para el capital)—, entre 1962 y 1969, quinta etapa a diferenciar aquí, el régimen va a intentar una más firme y segura institucionalización político-jurídica pretendiendo enmascararse y legitimarse ahora ya sin pudor como un Estado de derecho.<sup>8</sup>

Pero el franquismo terminó mal, como había empezado: y ésa es su sexta etapa, 1969-1975, los años de la crisis final. Tras aquella década de los sesenta, de desarrollo económico y alguna relativa apertura o permisibilidad de orden político y cultural, lo que desde 1968-1969, no sin contradicciones y ambigüedades, se va a producir en el país —con influencia también de la crisis económica transnacional— es un claro estancamiento e, incluso, enseguida, una involución general, con endurecimiento continuo de la situación. Y ése va a ser —puede decirse— hasta 1975 el clima predominante: leves intentos de avance y apertura, inevitablemente frustrados, con decisivos retrocesos y gran aumento de la represión en los momentos finales, con ejecuciones en grupo y justa indignación en la común protesta internacional. Pero al margen de lo oficial, y frente a ello, la sociedad civil se hace más fuerte en esos años, y más conscientes e imparables sus constantes demandas y exigencias democráticas en favor de la libertad política y sindical, por la autonomía de regiones y nacionalidades por la recuperación de la pluralidad lingüística y cultural.

En este largo proceso de reconstrucción de la razón que asumiría, desde mi perspectiva, todo lo anterior, habría que seguir tomando en cuenta hoy el viejo y, a pesar de todo, fructífero debate y diálogo de aquellos años entre razón ilustrada y finalista, por un lado, superando ésta críticamente sus propias “patologías”, y los nuevos irracionalismos, más o menos nihilistas, neonietzscheanos o posmodernos

7 Sobre Enrique Tierno Galván, junto con Aranguren, quizás los intelectuales españoles más influyentes en las generaciones universitarias de esos años, véase el libro Morodo, R., *Tierno Galván y otros precursores políticos*, Madrid, 1987.

8 La crítica a ese ilegítimo y oportunista intento está implícita en mi libro. *Estado de derecho y sociedad democrática*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1966 (última edición, Madrid, Taurus, 1991).

surgidos o retornados con fuerza en esos últimos tiempos, por otro. Se trataría, pienso, de la superación de ambas reducciones cientifista y voluntarista por las vías siempre abiertas de la razón crítica.

3. En estos años del cambio hacia la democracia se va soldando asimismo de manera definitiva la fractura y la distorsión que con el pasado cultural y político español, especialmente con el de carácter más crítico y heterodoxo, había producido la guerra civil y el régimen franquista. La *recuperación de la vieja cultura liberal y progresista anterior a 1936*, y dentro de ella, también la *cultura de orientación democrática y socialista*, la recuperación en definitiva de la “memoria histórica”, es algo que en sus presupuestos básicos puede darse ya por plenamente lograda sólo en estos últimos tiempos. Pero, fue una vez más, desde los mismos años cuarenta, donde esa “memoria” había quedado oculta, perseguida y soterrada, cuando se inicia de manera escalonada y gradual dicha recuperación en razón inversa según la represión y “peligrosidad” de sus doctrinas y en proporción directa según las posibilidades que el régimen veía para la utilización de ellas en provecho de su propia legitimación.

Así, el orden de esa a veces dual recuperación habría sido, puede decirse, el siguiente: primero Costa y los costistas, fácilmente implementados por el sistema desde el principio; después, la generación del 98, reclamada por el pensamiento discrepante como totalidad, es decir, en todas sus manifestaciones, obras y autores, y no sólo en las últimas unilateralmente integrables e integradas sino, sobre todo, en las de carácter más crítico y heterodoxo; después, Ortega y los orteguianos, que tuvieron asimismo que esperar su tiempo para ser admitidos; mayores fueron las dificultades para los intelectuales, escritores y artistas, de las denominadas generaciones de 1914 y 1927, y más en general para todo el pensamiento conectado, de un modo u otro, con la “Institución Libre de Enseñanza”, tan duramente atacada en la posguerra civil (incivil) y cuya recuperación (no por el régimen sino por la cultura española) sólo se inicia bien entrados los años sesenta. Por su parte, el debate libre y a fondo sobre los idearios políticos y los hechos determinantes de la segunda República y la guerra civil (1931-1936/39), aunque había empezado antes, sólo pudo hacerse aquí con plena publicidad tras la muerte de Franco, con la transición y el paso a la democracia: tal ocurrió, en no pocas cues-

tiones, con los exponentes del mejor liberalismo como el de Azaña, con católicos progresistas como Bergamín y, sobre todo, con los socialistas desde Besteiro o De los Ríos a Prieto, Araquistain, Negrín o Largo Caballero, junto con los de otras tendencias de izquierda, libertarios, comunistas ortodoxos o heterodoxos, como Andreu Nin, por ejemplo.

Todo ello, que se había cortado drásticamente con la derrota de 1939 y que con gran esfuerzo ha podido ser recuperado y reelaborado por la cultura española (a la búsqueda de las famosas “señas de identidad”) a lo largo de todos estos años, no parece sin embargo que esté encontrando ni en algunas de las instancias oficiales del país ni en las jóvenes promociones de universitarios e intelectuales un suficiente estímulo de interés, continuidad y estudio para una todavía necesaria y más detenida reflexión y profundización acerca de lo ocurrido en el orden fáctico y del pensamiento en estos tan decisivos tiempos de nuestra historia contemporánea. Puede haber, es verdad, algunos motivos de cansancio, por la sobreacumulación anterior, razones también de oportunidad política, supuestamente derivadas del consenso básico de la transición, para no volver (ni siquiera con el pensamiento) al bélico pasado; pero desde luego que nada justifica, ni a nada bueno conduce, aunque a alguien pueda beneficiar, el olvido de la historia, el desconocimiento de lo que pasó y de lo que hubo que hacer, no digamos su falseamiento o distorsión, con riesgos de recaída a través de todo ello en la gran ignorancia y en la gran confusión que también lo sería —¿ya lo es?— de esos mismos muy negativos afectos para el presente y para el futuro. De todos modos, hay asimismo que constatar que no faltan fuertes e importantes resistencias entre nosotros a ese ahistórico y acientífico olvido, o distorsión, del pasado.

4. La recuperación de todo ese valioso pasado exigía, coherentemente, recomponer también la comunicación con sus legítimos continuadores fuera de España, es decir, exigía la reconstrucción de una verdadera *comunidad intelectual con el exilio*, superando la escisión producida por el dogmatismo, la sinrazón y las persecuciones de la contienda civil. Al puente en el tiempo sucedía, o más bien acompañaba, el puente en el espacio. Tal objetivo implicaba conocer y dar a conocer todo lo que en esos difíciles años venían produciendo lejos

de la para ellos añorada, casi mitificada, patria los trasterrados españoles —filosofía, ciencias sociales (y naturales), literatura y tal vez poesía muy principalmente—, y México precisamente sabe más que nadie de esos trabajos y esfuerzos de relación: acabar entre unos y otros con el muro de silencio o del insulto, destruir de una vez por todas el sectario y empobrecedor mito reaccionario de la anti España, mito y dogma maniqueo en el que inútilmente se intentó “educar” a los jóvenes españoles de aquellos primeros tiempos triunfales e imperiales del franquismo.

Desde los años cincuenta —y esto, claro que contó después para la transición—, aun en medio de grandes dificultades e incompresiones por ambas partes, comienza a manifestarse un nuevo ánimo, un nuevo espíritu de diálogo y de polémica. Ese “pensamiento perdido” del exilio —como lo denominó Max Aub— va poco a poco reintegrándose e influyendo entre los intelectuales del interior a lo largo de todo ese tiempo. Pero será sólo, desde luego, mucho después en la España democrática, cuando se logró la plena recuperación de esa cultura y fue, por lo demás, posible el retorno físico de todos los exiliados que, los más significados política o intelectualmente, aún quedaban por volver. No se ha perdido, pues, ese pensamiento del exilio; pero sí se ha perdido mucho tiempo, produciéndose males y retrasos en amplia medida ya irreparables. De todos modos, el exilio aportaba también aires nuevos procedentes de otras culturas, latinoamericanas y europeas preferentemente, con importantes efectos positivos sobre el interior.<sup>9</sup>

5. Precisamente esa *superación del aislamiento intelectual*, y no sólo intelectual —tan característico ese aislamiento, tan negativamente definitorio de la España de Franco (mucho más, claro está, en los primeros tiempos)— fue siempre aspiración central, necesidad normal de comunicación, presente en todas las corrientes del pensamiento crítico, pluralista, liberal y democrático. Cambió no poco la situación en ese aislamiento internacional con el desarrollo económico de los años sesenta (turismo extranjero en España, emigración obrera a Francia, Suiza o Alemania, incremento de los viajes de estudio y estancias en universidades europeas y americanas), pero de uno u otro

<sup>9</sup> Amplíese todo ello con los seis volúmenes de Abellán, J. L. (coord.), *El exilio español de 1939*, Madrid, Taurus, 1976-1978.

modo, hasta el final subsistió la consulta y la absoluta prohibición para ciertos temas autores o libros (también cine o prensa) provenientes de otros países con culturas y filosofías peligrosas y nefandas, extrañas a nuestras más puras esencias; aunque —seamos justos— tampoco en esto los discrepantes y heterodoxos del interior disfrutaron de un mucho mejor trato para sus creaciones y publicaciones que respecto de aquéllas que provenían del exterior.

Hoy, con la democracia, quizá el riesgo sea más bien el inverso: no el aislamiento, sino la pacífica y acrítica invasión; con la fácil comunicación, en modo alguno desinteresada o neutral, la excesiva dependencia cultural, el relativo cansancio de lo propio, como ya señalé, el resultado podría llegar a ser el abuso de la exégesis, de la glosa repetida y mimética respecto de cualquier cosa que venga del exterior y especialmente de las “modas” impuestas por Norteamérica o por las grandes transnacionales productoras y difusoras de unas formas de la “cultura dominante” u otras. De todos modos, más vale controlar eso, con los consiguientes problemas e inconvenientes que superar, que caer —desde luego— en cualquier tipo de engreimiento localista o de casticismo nacionalista, que de todo hay o puede volver a haber.

6. Esto último se relaciona directamente, aunque no de manera simplista ni unilateral, con uno de los hechos sin duda más relevantes y decisivos en la cultura y en la política de la oposición al régimen dictatorial, después en la transición y en la España democrática actual, aunque también en las de otras épocas anteriores: me refiero al hecho histórico —después de mil desencuentros e incomprensiones del pasado y de un número no menor de encuentros forzados y unificaciones mal asimiladas— relativo a la afirmación y reconocimiento de la *pluralidad lingüística, cultural y política de las regiones y nacionalidades hispánicas*. Es decir, el paso progresivo y siempre abierto a esta situación caracterizada por una más auténtica, realista y justa expresión cultural de sentido pluralista (con, entre otras cosas, una flexible e inteligente normalización del catalán, vasco y gallego en cuanto lenguas cooficiales) desde la anterior ficción uniformista y empobrecedora de una sola cultura nacional (otrora pretendidamente “imperial”) expresada exclusivamente en castellano e impuesta muchas veces por quienes no lo eran (castellanos); y, a la vez, el paso

desde el correlativo Estado centralista, reafirmado dictatorialmente por el franquismo, hacia el Estado de las autonomías, cuasi federal, diseñado con cierta comprensible y mejorable complejidad en la Constitución actual.

No obstante, como no podía menos de ser, junto a lo positivo de todo ello, también en este nivel hay riesgos e indicios de localismos acrílicos y aislacionistas, de “nuevas” entificaciones místicas de lo colectivo regional-nacional, de idearios patrioteros y ultranacionalistas, confundidos unas veces —por su culto a la violencia— con movimientos sociales de apariencia “progresista radical” y que otras, a lo que aspiran es, sin más, a una paradójica amalgama con los intereses del capital transnacional. Quizá una España plural y una Europa unida —una Europa de los pueblos y de los Estados ya entremezclados entre sí— puedan ser para el ya previsible cercano futuro la flexible salida y la solución de estos y otros fraccionamientos insolidarios, de estos falsos refugios evasivos —la glorificación de la tribu y hasta de la raza— ante la pérdida, también en nuestros días, de la individualidad personal, de la solidaridad colectiva y hasta de la misma perspectiva de la común humanidad.<sup>10</sup>

7. Íntimamente vinculado a todo lo anterior, en este breve esquema sobre algunas de las tareas asumidas por los intelectuales en estos tiempos, es decir, sobre cultura y política desde la oposición a la transición, y en la situación democrática actual, habría por último que destacar —ya casi como un ejercicio de interna autorreflexión, como filosofía de la metatransición— los trabajos y las aportaciones surgidas y llevadas a cabo al hilo precisamente de la construcción específica de la democracia en nuestro país. Ya durante, bajo, contra el franquismo se habían planteado y debatido muchos de los caracteres y problemas generales ideológicos e institucionales de los regímenes democráticos, sus requisitos y exigencias, sus diferencias y sustanciales divergencias con, por ejemplo, la espuria “democracia orgánica” o los paralelos intentos de falsificación del Estado de derecho, o incluso del mismo Estado social (que, advirtamos, para serlo

<sup>10</sup> Para un acertado planteamiento de estas tan delicadas y debatidas cuestiones, reenvío a, entre otros, los libros de Blas, Andrés de, *Nacionalismo y naciones en Europa*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, y *Sobre el nacionalismo español* (Madrid, 1989) o de Solé Tura, J., *Nacionalidades y nacionalismo en España. Autonomías, federalismo autodeterminación*, Madrid, 1985.

de verdad exige un suficiente respeto a la libertad). Pero es sobre todo con la transición y en la democracia actual cuando se pasa ya plenamente de esa imprescindible teoría general unificadora de todos los antifranquistas, a una más amplia elaboración y difusión de estudios específicos, más fraccionados y concretos, sobre cada uno de los nuevos y viejos partidos políticos, de sus plurales tendencias, ideologías y programas de acción que pronto entrarían en liza electoral, así como de los diferentes líderes de unos y otros, con historias, biografías, comparación y debate de perspectivas, etcétera. Todo ello contribuyó, sin duda, a que fuera alcanzándose por entonces una mayor (nunca del todo satisfactoria) madurez política y social.

Hubo, en efecto —recordemos—, en esos primeros años de la transición un muy importante incremento de una cultura y de una educación política popular, el acceso de las masas a discusiones antes limitadas y restringidas a vanguardias y minorías, una voluntad y necesidad de mayor información política de la gente (y también de los “cuadros” y hasta de los dirigentes) sobre los anteriores temas o sobre “nuevas” cuestiones, antes descuidadas, como los pros y contras de unos y otros sistemas electorales, de las diferencias entre regionalismos y federalismos, de problemas constitucionales o parlamentarios, etcétera. Con el tiempo, es verdad, aquel primer entusiasmo (práctico y teórico) fue lógicamente disminuyendo y decayendo, incluso en exceso con el famoso “desencanto”; así, muchos de esos importantes temas políticos pasaron a ser zona más bien de especialización, a veces sólo erudita y técnica, para el estudio y el debate, salvo —y no es bueno que así exclusivamente ocurra— en los momentos excepcionales: así, en el intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, el referéndum para la OTAN del 12 de marzo de 1986, o con la huelga general pacífica del 14 de diciembre de 1988, acontecimientos en los cuales la alta discusión crítica y la participación activa —también en los normales procesos electorales, desde 1977 y 1979 o en los de 1982, 1986, 1989 y 1993— volvió a sintonizar y a recuperar la vieja preocupación de fondo hacia esos, y otros, grandes temas y problemas de la mejor cultura política democrática. Hoy —ante las elecciones de marzo de 1996—, surgidos graves problemas de corrupción y de violación del Estado de derecho, se constata también esa sensibilidad política y ética de la sociedad

civil, más allá desde luego de sectoriales intereses partidistas o de unos medios de comunicación u otros.

En relación con todo lo que ha venido resumiéndose en estas páginas, puede decirse que algunos de los problemas que han estado y que están cada vez más presentes en el análisis y la valoración crítica de los planteamientos intelectuales en general, de las ciencias políticas y jurídicas, de la economía, la sociología, la ética o la misma filosofía en el inestable contexto cultural de la España actual serían —sin afanes para nada exhaustivos— los siguientes problemas, con muy variadas repercusiones, derivados de la suprema prevalencia de la Constitución y de su abierta interpretación, desarrollo y aplicación; nacionalismos y funcionamiento real del Estado de las autonomías, desgraciadamente con el transfondo de la violencia y el terrorismo detrás; insistencia en la necesidad de una definitiva subordinación de las fuerzas armadas y los aparatos policiales a la autoridad del poder civil en el marco del Estado de derecho y constitucional; justificación de la democracia, derechos de los ciudadanos y de las minorías y funciones legítimas del Estado; responsabilidades políticas y cuestiones derivadas de la excesiva judicialización de la política y de la paralela politización de la justicia; problemas económicos, desempleo, marginación, desigualdad y concentración social; efectos “no queridos” del capital transnacional; globalización de la economía y subordinación —¿a quién?— de las soberanías nacionales; ideologías individualistas y competitivistas obsesivamente impuestas por la “nueva” derecha; dualización y corporativización de la sociedad; incidencia de las nuevas tecnologías; abandono del viejo “tercer mundo”, hoy conflicto Norte-Sur; y conflicto Este-Oeste, fin de la política de bloques a nivel internacional; incremento de los nacionalismos agresivos y de terribles y peligrosas guerras “locales” ante la impotencia de la opinión pública mundial; consecuencias del hundimiento de los regímenes comunistas, revisión en la izquierda y debates sobre el futuro del socialismo; Europa como espacio político, social y cultural; especiales relaciones con Latinoamérica; presencia activa en la sociedad civil de los objetivos y valores de los nuevos movimientos sociales (ecologismo, pacifismo, feminismo, etcétera) y su articulación eficaz con las instituciones de la democracia representativa y participativa, acción decidida contra la corrupción, contra las violaciones del Estado de

derecho, contra la degradación de la democracia; y a escala mundial, lucha contra el racismo que desde el Norte potencia el fundamentalismo en el Sur...

Algo de todo esto, como preocupaciones de fondo, me parece que define e identifica, con sus logros innegables y sus graves insuficiencias, a la cultura y a la política de la España de los últimos tiempos, desde la lucha contra la dictadura hasta las condiciones de la transición que ha conducido a la actual consolidación de la democracia. Y buena parte de ello han sido también aportaciones de los sectores intelectuales en el sentido amplio de la expresión, nunca separados de su contexto social. Quería resaltarlo aquí para ayudar a recuperar, y a no olvidar, esa “memoria histórica” y también como base para una reflexión crítica sobre lo conseguido y sobre lo mucho que —para el futuro— queda aún por corregir y conseguir.